

Vivimos frágilmente, pero, a pesar de todo, seguimos viviendo

Andrés Gallardo

Universidad de Concepción

Se supone que yo soy el único penquista aquí y, como tal, debo agradecer primero a Rubí y a la Universidad Católica este acto de solidaridad, de amistad. Pero, por otro lado, me siento mal porque tengo que reconocer que yo no soy penquista; soy santiaguino, ex alumno de la Universidad Católica, del Departamento de Castellano. Sin embargo, 31 años en Concepción de alguna manera me dan cierta autoridad para sentirme penquista. Me parece, además, que mi situación es un símbolo de todo lo que ha removido el terremoto, que se acerca mucho a ser una manifestación del caos: nadie sabe muy bien quién es, dónde está y qué es lo que pasa consigo mismo y con lo que está a su alrededor.

Una de las cosas que a mí más me impresionó de lo que ha sucedido aquí, en esta cordial reunión, y de lo que he podido ver, también, en las reacciones de otras personas, tiene que ver con el estatus semimítico que posee la ciudad de Concepción a ojos del resto de los chilenos, especialmente los intelectuales. Algo pasa con el entorno que genera la ciudad de Concepción que a veces no se entiende muy bien. Yo, personalmente –aunque, insisto, no soy penquista–, tengo hijos nacidos y criados penquistas. Profesionales que piensan en cualquier cosa menos en irse de Concepción. Y aquí debo manifestar mi reparo respecto a lo que dijo una de las jóvenes del público que se había venido de Concepción porque allá como que la cosa no está bien. Te puedo decir, modestamente, que el departamento de español es un buen departamento, donde efectivamente se puede estudiar literatura, se puede estudiar lingüística e incluso se puede llegar a ser escritor; en realidad, eso último se puede en cualquier parte, también en Chuchunco.

Si hablamos con más seriedad, me han impresionado las secuelas psíquicas –para llamarlo de alguna manera– no solo vividas en Concepción, sino en todo el país. En muchos sentidos esto se ha convertido en el paraíso del lugar común, pero, también, de la destrucción de muchos lugares comunes. Se dice, por ejemplo: “si los muertos no son trescientos, no son setecientos ison decenas de miles!”, “El terremoto no fue de 8,8 ¡Fue de 9,6! Lo que pasa es que las empresas de seguro no pagan seguros de terremotos con intensidad sobre 9, entonces se consiguió que legalmente se dijera que el terremoto fue de 8,8”, “El epicentro no estuvo en Cobquecura sino que estuvo frente a Concepción”. Pero junto con esto también muchos lugares comunes, a pesar de la espectacularidad sórdida y algo sádica que hemos vivido, han ido desapareciendo, como la noción de *tierra firme*. Nosotros sabemos que no vivimos en tierra firme, ni en Concepción, ni en Santiago, ni en ninguna otra parte; que hay una precariedad que nos afecta desde todos los puntos de vista que queramos mirarla. Pero que, por otra parte, querámoslo o no, somos parte de ella. No es que vivamos en la precariedad, somos parte de

ella y hay que afrontarla. Vivimos frágilmente, pero, a pesar de todo, seguimos viviendo.

El mismo día del terremoto nosotros íbamos a comenzar el trabajo para el famoso Congreso Internacional de la Lengua Española. Ese día a las nueve de la mañana teníamos agendada una primera reunión con la comisión de ortografía de la Academia Chilena de la Lengua, a la cual yo pertenezco. Yo llegué como a las nueve y media de la mañana al hotel donde estaban los académicos; era realmente un caos. En Madrid no saben lo que es un temblor y lo primero que aprendieron fue a diferenciar entre temblor y terremoto, que es un aporte léxico chileno. Una de las cosas que me hizo empezar a reflexionar fue algo que dijo el director de la Academia: "Mira, despertar a las cuatro de la mañana con una lámpara que golpeaba el techo y con un televisor en mi cama ya es insólito. No sabía qué hacer, si arrancar, o no, pero de hecho todos sobrevivieron", y agregó: "aquí lo impresionante no es el terremoto", porque aprendió a usar la palabra, "sino lo bien que aguantó el país". Mirando las cosas, obviamente es espectacular que se haya caído el edificio Alto Río, pero es mucho más espectacular que con un terremoto de esa magnitud en una ciudad como Concepción haya solo seis edificios que hay que demoler. Hay destrozos –por supuesto que los hay– pero yo quisiera ver a cualquier otra ciudad del mundo con un temblor de esa magnitud. No es un consuelo, es una realidad objetiva: aguantamos, a pesar de todo. No obstante toda esta fragilidad, hay algo que está muy claro: seguimos, la mayoría –bien o mal–, vivos y tenemos que seguir dentro de lo posible viviendo una vida dentro del caos lo más normal posible. Creo que como Universidad de Concepción hemos sido capaces, a pesar de todo, de insertarnos en una rutina, de insertarnos en una actividad no solo académica, sino también social y personal; y de seguir adelante con nuestras ilusiones, con nuestros proyectos, con nuestros trabajos.

Quiero terminar con un pequeño testimonio como Departamento de Español de la Universidad de Concepción. Desde luego, en el edificio que nos cobija quedó –para emplear otro chilenismo– "la escoba". Realmente fue un desastre. Sin embargo, el edificio ha aguantado tres terremotos: el del año 39, el del 60 y el del 2010; y bastante bien. Lo que estaba adentro, por supuesto, ya es otra cosa. Pero allí está el edificio básicamente funcionando. Allí están los colegas, el personal administrativo, el personal auxiliar. Seguimos trabajando. Esto nos ha hecho comentar entre nosotros, más allá de las historias de terremoto que se multiplican, que algo pasa en nuestro departamento. Ha habido una secuencia cataclísmica de ausencias que nosotros seguimos resintiendo, que, de alguna manera, seguimos llorando. Me refiero a ausencias de colegas, de amigos que se fueron antes de lo que es estadísticamente esperable. Es decir, personas con poco más, e incluso poco menos, de 60 años. Colegas, profesores de literatura, profesores de lingüística. Quiero recordar a algunos de ellos, como Luis Muñoz, profesor de Rodrigo Cánovas, compadre y amigo mío. Ivette Muñoz que tenía menos –mucho menos– de 50 años, profesora de literatura; mi cuasi hermano, Alberto Salas, maestro de lingüística; Enrique Rugegli; Humberto Valdivieso y ahora último –poquito después del terremoto– Gilberto Triviños. A lo mejor el patrimonio físico de la ciudad de Concepción nunca fue gran cosa, pero algo había. No hay edificios antiguos ni edificios patrimoniales. Pero existe,

sí, un patrimonio intangible que fue dado por estas personas y por otros. Estoy pensando egoístamente nada más que en nuestro campo de acción: la literatura, la lingüística, la preocupación por el lenguaje, por sus manifestaciones que generan una raíz de la cual nosotros somos herederos.

Se ha dicho mucho que en Concepción hay, ha habido, y sigue habiendo una actividad en el terreno literario que no desaparece. Siguen apareciendo, uno levanta una piedra y siguen apareciendo. Yo me río de mis estudiantes porque prácticamente todos los que ingresan a estudiar castellano son poetas, aunque algunos lo niegan o lo aplazan. Hay movimientos literarios. Sigue habiendo. Siguen produciéndose revistas. Modestamente, nosotros tenemos tres revistas ISI: ¿y qué? Es decir, seguimos trabajando. Concepción sigue siendo, de alguna manera, un espacio para la cultura, un espacio de proyección con algunos elementos míticos, efectivamente, como el Fernández Vial o como el Lord Cochrane, el teatro de la Universidad de Concepción y la orquesta de la Universidad de Concepción. Quiero terminar con la orquesta. Hoy día se habla tanto de las orquestas juveniles ¿por qué hay orquestas juveniles? Porque durante más de 50 años la Universidad de Concepción ha mantenido una orquesta sinfónica. La primera orquesta infanto-juvenil de los últimos años (fuera de la mítica de La Serena fundada por Jorge Peña) es la de Curanilahue. ¿Y por qué surgió una orquesta en Curanilahue? Porque por principio nosotros –especialmente mientras yo fui director de extensión– llevábamos la orquesta a todos los pueblos de la región donde quisieran recibirnos, sin imponerle a nadie. Concretamente, en Curanilahue pedían que fuéramos. Y en una de tales ocasiones uno de los profesores de música llegó con la actitud de que había muchos jóvenes talentosos que querían tocar instrumentos y hacer algo. Como resultado de eso, tres músicos de la Universidad de Concepción empezaron a ir en su propio vehículo, hasta dos veces por semana, a enseñarles a tocar el violín, el violoncelo y la viola, primero, y después se sumó la trompeta y el clarinete. Y así creció y nació la orquesta de Curanilahue.

¿Todo esto por qué? Porque a pesar de toda esta precariedad un poquito caótica es bueno que Concepción sea un espacio relativamente mítico, pero también un espacio bastante real y bastante vivible. Si hay algo de lo cual yo nunca me he arrepentido en mi vida es de estos 31 años y medio en Concepción. En todo caso, como penquista adoptivo, reitero mi agradecimiento. Me hubiese gustado –y eso yo se lo recomiendo a todos– nacer en un pueblo chico. Porque yo nací en Santiago y qué posibilidades hay de ser hijo ilustre de Santiago. Ninguna. En cambio si hubiera nacido en Trehuaco a estas alturas sería hijo ilustre de Trehuaco.